

quereys tan sin çumo ni gracia, que a vos se os pegue la lengua al paladar para no les pedir; y ellos atando las manos al dar, sueltan la lengua a dilataros la venida para otro día, con mandaros por algun paje dezir que estan sus señorías ocupados, y aquel día ellos le tienen tan olvidado luego como el del juycio; por tanto agora me cumple a mi al primer descorchar tener presta la lengua al pedir, y abiertas las manos al asir; porque más vale verguença en cara que lástima en coraçon. Y en estos palacios, con no medrar los comedidos ni vergonçosos al pedir, tambien diz que no oyo Dios a quien no le llama. Que pues yo le traygo a él en mi poder, y aun ella ya me viene a las vñas, mientras estan enfermos del mal que yo les curo, a la fe, dilatando la cura, pedir para las vnturas; porque mientras ellos más dolientes, mi bolsa y mi casa sanará más. Y ellos hauiendo me menester, con lo que a ellos les paresciere y yo les haré encreyente, aurá más ocasion a que me vengán siempre a mis manos, sueltas al tomar, con las suyas embaraçadas con el traerme, con que su enfermedad rica sane mi necesidad pobre. Y aun el majadero de Fulminato, si me ha cogido en opinion de boua, para esperar de mi ganancia, y en tal parecer haze ya del voto tal, y como se sueña rico, se quiere mostrar ya mandon? pues anda se tras mí, que dél me aprovecharé para suplir soledades, y despues qualquier ocasion me bastará para dexarle soplar sus manos, mientras yo lano las mias. Que estos tales ha los de tomar la persona de manera que siempre se tengan por desasidos, porque con darles el dedo no os quieran el braço; porque en viendo que se hinchan con vn fauor, dar les vna coz de destuio con que reuienten, y traerlos como quien los ha menester, porque quien sus carros vnta, sus bueyes ayuda, pero de manera que no se os atrean. Porque quien de mucho mal es duecho, poco bien le empalaga; en especial que creo yo que éste en toda su vida salio de canallerizas y burdeles, sino en mi casa, y agora piensa ya el don duelo que de ruin se cae a la persona el pelo, y que ayer entró rogando, y que oy se ha de assentar mandando. Pues aguarde que se me caya el bocado de la boca por boua, que quando más se quisiere llamar a possession, le haré yo que se quede del agalla. Y aun le tengo de enseñar que mientras labrare en la heredad que agora labra, siempre ha de pagar las rentas adelantadas, y aun no se descuydar en la labrança; porque ha de saber que dare mi tierra a quien mejor me la barbechare. Y aun por mi vida que para en esto he alli el despensero de Lucendo sale, que con ruegos y dineros, y aun no menos labor, se tendria por dichoso de tener la possession. Y aun por mi salud que creo que aure de

aguardar en su camara a que sea de día allá adonde voy, porque en estos palacios ya está harto el sol de alumbrar a los otros quando a ellos les amanese. Porque parece que es estado de caualleros no se recoger al compas del sol como los otros, sino hazer del día y de la noche partes para hazer su día. Y esto, a mi ver, o porque mejor cuenten sus patrañas a la luz de las velas, porque de menos sean oydas sus necesidades y de más sean aprouadas sus botterias. Porque entonees, como son veedores de sus dichos y juezes de sus obras sus criados, no osan desengañar los en lo que yerran, por no perder de ellos la medra que esperan. Y así no ay oy en día quien menos sea desengañado ni menós verdad le sea dicha que vn señor, porque la cobdicia de los que esperan de lo que él tiene, y el acatamiento de los inferiores, tapa las lenguas a los que los podrian desengañar. Cata, cata esto, qué plazer le ha tomado con verme! A la fe, pues abra él la boca al reyr, que yo la bolsa al recibir. Y sepa que en la fe de mi casa que él se saluará, si él lo haze siempre como ha comenzado.

Desp.—No te me enuebras, que ya eres conocida; pero dónde bueno tan de mañana?

Mar.—A verte.

Desp.—Dios te visite tan de mañana; pero qué es lo que ay por acá?

Mar.—Vengo huyendo de la justicia: a me acoger con mi señora Belisea.

Desp.—Pues en tanto que arriba se leuantan me da la mano y sube esta escalerita de mi camara, que tambien está sagrada para tu temor, con que perdones el mal asseo de la posada, pues que donde no pisa muger no ay cosa compuesta.

Mar.—Bendito Dios, que las hallays para algo provechosas. Pero perdoname la subida, porque entran y salen en estos palacios, y oy en día de todos se ha de guardar la persona y a ninguno offender. Pero hablando al punto me di si será leuantada Belisea, porque vengo de la missa del alua y antojó se me de visitarla antes que me torne a encerrar en mi cassa; porque a la verdad se lo deuo, y tú tambien, dónde yuas tan de mañana?

Desp.—A visitarte tambien, y a ver si me querrias oy por combidado.

Mar.—La memoria que tienes de mí te agradeço; pero ya sabes que, aunque no falte voluntad, mal puede vna viuda pobre hazer esos cumplimientos faltando el con qué.

Desp.—Eso, mio era de proteer; pero pues no aurá lugar agora, embiaré para la noche para mí y vn paje de camara de Lucendo, que tambien tiene desseo de te servir, y aun querria cortar vnas camisas de tu mano, porque en esto tienes loa.

Mar.—Pues para esso en todo tiempo podra yr; porqué ya que yo falte, queda Liberia mi hija, que ya haze mejor labor que yo, y mira qué mandas otra cosa, que me quiero yr arriba.

Desp.—Y anda estos pocos passos, que tambien te seran de romeria. Y mientras miras mi aposento, tal qual le hallares, embiaré un muchacho a saber si arriba han abierto ya las puertas. Moço, pon aquí sillas, y ve arriba, y sabe si es leuantada Belisea, y mira si verás a la donzella Justina, que te lo dira, y no vengas sin buen recando.

Just.—O, cómo deuo de hauer dormido poco, pues con ser ya todas las mugeres acostadas anoche muy antes que yo, agora ninguna anda en pie. Quiero salir fuera a los corredores; veamos si hallo algun paje con quien tornar a embiar por Marcella, porque Belisea en pensar en estas sus cosas me parece que ha passado la noche, pues agora la oy estar sospirando, y a mi ver ella començo tarde a caminar, y veo que ha corrido tanto, que Dios quiera que no desmaye antes del fin de la jornada; porque en todas las cosas el medio es de tener siempre. Pero qué moço es aquel que así va corriendo en verme? creo que de verme tan mal atondada (*sic*) me cobró temor con verme sola.

Mar.—Ay, Jesus, aparta te allá, señor, que sube no sé quien.

Desp.—Pues perdona en lo passado, y voy a ver quién sube.

Mar.—Alla yrás diablo, y qué pegadizo es, aunque bien se le cae la moneda, que con este real de a quatro bien haré yo la costa de dos días; pero ya torna.

Desp.—Señora, diz que en este punto queda Justina en el corredor.

Mar.—Pues perdona, que no puedo tardar punto, y tú yrás a hora competente a mi casa, y podras llevar al que me nombraste para ver qué quiere.

Desp.—Así se hará. Cata qué faldear lleva el diablo: que la más insaciable de apetitos es que la tierra en el recibir agua. Pero quiero mandar lo que tengo de mandar allá antes que aya testigos, y avisaré al paje Grisindo que se vaya con mi moço quando lleuare la vianda para que dé vna tentatiua a la muchacha, mientras la madre anda por acá en estaciones. Y aun a esto aurá de ser presto, porque no le preuenga otro, y halle ya la posada ocupada; porque aunque pienso que la muchacha aun nunca se sangró, pero tales lecciones le lee la madre, que pienso que ya deue de andar buscando hallar desocupacion para entrar al officio de la madre; pues bien aya quien a los suyos sale. Y porque Grisindo y ella pienso que se auendrán bien, voy a anisarle, antes que pierda punto por mi tardança,

pues es obra de charidad auisar a los proximos lo que les cumple.

Just.—Quiero me acoger adentro antes que el ama me vea y tengamos que gruñir. Pero cata, cata y qué reboçada viene la dama; ya, ya el lobo anda en el rebaño; que Marcella es! quiero hacer que no la he visto, porque no se leuante a mayores con pensar que la estaua yo ya aguardando.

Mar.—No huyas, que vista eres, mi Justina hermana.

Just.—Ay, Jesus, y qué saltar es este tan de mañana? que vengo tan desnuda, que he verguença aun de verme yo a mí mesma; que mi mal dormir de esta noche me ha hecho anteuenir tanto la mañana.

Mar.—Anda ya, que si yo fuera quien te quitó el sueño esta noche, aun más desnuda te quisiera, porque al fin el oro bien parece sin esmaltes, y aun a las vezes mejor.

Just.—Porque no te entiendo, me sigue a mí camara, para que te me declares donde no nos vea sino Dios.

Mar.—Y a mí qué me va que me vean todos? cata que no entraria en esta casa si pensasse que no holgauan conmigo, porque en mi casa me verás algun día, donde toda soy mia, y de Dios, y del rey, y de los buenos, y donde no estoy tan encogida como tú, aunque en mejor casa, pues vino con más libertad para hazer honra a quien la deuo, sin esos sobresaltos ni escondrijos. Pero qué tal está Belisea?

Just.—Quiza tú lo sabras mejor; pero no me taches por encogida en no yr a tu casa. Y en lo demas que dizes, alcança tú licencia, y verás allá si soy encogida; porque en cada parte se han de guardar los estilos de la tierra.

Mar.—Pues por vida tuya y del tu galan Polytes, que yo busque ocasion con que te vayas conmigo.

Just.—Ay, cata que me corro en llamar a nadie mi galan; pero dime, quién es esse que me nombraste?

Mar.—Ya, ya, que tan bouilla te me tornas? Pues porque sepas que sé quién a ti ni a Belisea no dexó dormir esta noche, toma esse papel tan cerrado como él me le dio que te le dicesse, y si te puedo llevar conmigo, allá le verás, y verás que no hablo de coro. Y porque tengo mucho que hazer, me mira si duerme tu señora, porque quiero ver qué me quiere, y saber cómo le fue en Prade con el toro. Qué contigo que te me corres y eres vna simplezilla, no quiero nada, pues tú más lo querrás con Polytes, y tienes razon, porque a la verdad él es joya para tal engaste. Y ve presto, porque te quede tiempo para leer tu carta, que si yo supiera leer, quiza te hurtara la bendicion en ver la, y en responder a ella el si que tú aurás de dar, pues al fin ello

se aurá de hazer, tarde o ayna; ya me entiendes.

Just.—No oso altercar contigo, que estás muy puntosa; espera, que luego torno. Y valgalá el diablo si no pienso que es adeuina, que así sabe ya lo que tan poco ha que passó.

Bel.—Entra, Justina, que no duermo; qué hora es?

Just.—De mañana es; yo tampoco he dormido en tu seruicio, que aquí está ya Marcella esperando.

Bel.—Y han la visto las mugeres?

Just.—Ninguna.

Bel.—Pues luego te entra acá con ella.

Just.—Y aun esso es lo que busco? sino verme con el gozo de leer mi carta, que me parescen coplas, que es cosa muy a mi gusto si son buenas, y tambien aue menester dar la respuesta a Marcella.

Bel.—Anda, meneate presto; qué dizes de Marcella?

Just.—Que te quiere muy en secreto.

Bel.—Pues entre sola; y tú abre vn quartel de aquessa ventana, y mira que no entre acá nadie en tanto.

Just.—Ansi lo haré, voy; y aun que si mi carta no me impide, tengo de oyr lo que entramas passaren, por auisar.

Mar.—Ya vienes?

Just.—Poca detención aua en mi mensaje, segun con la priesa que te llama Belisea. Y no te oluides de mi yda, y entra hasta su cama.

Mar.—En todo tendre cuydado; a buen entendedor poca plática.

Bel.—Quién entra?

Mar.—Es tu sierna Marcella, desseosa de tu bien. Pero sacame, señora, de la alteración que me pone en te ver en la cama con dezirme que tal estás, y sea dezirme que estás buena.

Bel.—Buena venida sea la tuya; y cómo, di, no me visitas más a menudo? pues sabes que no verás cosa en toda esta casa que te quite la ocasión de la venida.

Mar.—Ay, mi angelito, y cuánta gracia puso Dios en ti, para poner en admiración a los mayores, y atraer los iguales, y con graciosa grauedad despertar a todos los inferiores a tu seruicio. Pero dime, cómo te va agora?

Bel.—Por cierto tú me preguntas aquello que menos sé de mí; porque ni estoy tan mala que guarde la cama, pues aun es gran mañana, ni tan poco estoy tan buena que en la cama esté por dormir ni descansar, ni menos leuantada me aliuio, ni sentada reposo, ni andando no me desmayo, porque me parece que mis miembros gouierña ageno imperio. Y con todo esso he sentido esta noche vn asbasquas en el corazón, que me hazen anteuenir el día con el dormir.

Mar.—A la fe, mi angel, aunque yo bien duermo sin perro, como tú le tienes, pero con el ladrar grande de mis necessidades no es para mí tan de mañana agora, que no vengo de oyr la missa del alua de nuestra señora de los Remedios. Pero como tú (Dios te me guarde) no lo has de ganar ya para el comer, duermes con más sosiego. Pero dexando mis necessidades, que todos me las hará dexar la falta de salud que tú tienes, me di algo de tu mal, ya que estoy acá; porque si no es vno que ya tú sabes, podra ser otro que yo sospecho.

Bel.—De entramos esos no te entiendo; pero dime los tú, para que yo entendiendo me, me puedas tú entender, e yo a ti.

Mar.—El primero, señora, será el acostumbrado; porque aun que yo te acuerdo bien niña, y no me tengo yo por vieja, asuadas que sepas ya qué es, pues suele traer semejantes descontentos, aunque por ser nos tan ordinario, no lo tenemos por enfermedad; en especial que nos es euacuación de muchas postemas de malos humores.

Just.—Mi fe, escusado me es por agora leer mi carta, para gustar la como es razon, pues estoy en sobresalto de los que passan, y tambien me cumple oyr lo que hablan las dos, para andar sobre auiso.

Mar.—Y no te me encojas tanto; no vistas de que ha empacho? si que mal es que, con ser costumbre en mugeres y no perdonar ninguna que viua sana y ser euacuación natural, más es defecto de natura que vicio de particular culpa; por donde con él ninguna en particular se ha de sentir agrauada más que otra. Pues en quanto al ser mugeres, todas somos ygnales.

Bel.—Anda ya, que ni tengo esse mal, ni menos querria ser subjecta a él. Pero di el que sospechas, que soy más inclinada a saber lo que no estotro.

Mar.—Siempre nos parece más lo que no tenemos, y menos lo que sabemos. Y de aqui dizen que naturalmente dessea el hombre saber. Pero buuelto a lo que me pides, antes que te diga qué mal es en ti el que dize mi sospecha, te suplico que me digas qué sientes, y a qué parte del cuerpo carga más el dolor; porque ni yo precipitando sentencia diga lo que no alcanço, ni tú con pensar que yo acierto te quieras curar del baço, teniendo enfermo el corazón.

Bel.—Ay, que ay está la raíz de mi mal.

Mar.—Pues de qué piensas que se te ha crecido?

Just.—Mejor la quemem a la hechizera que no sabe ella el mal que es! pues ella se lo acarreó, y otro se lo da.

Mar.—A, mi señora; por qué no me respondes? quiero te cubrir de ropa, porque quizá el

friezito de la mañana te dara alteración de madre.

Bel.—Ay, que no es frio, sino fuego que me abrasa, y no es madre, sino hija, que solia ser mi regalada, que yo llamaua honesta pudicia, y ésta la auia engendrado en mi voluntad vn amoroso y pujante amor de la virtud. Pero agora, hermana y amiga mia, este tal amor se va desuando de mí, y sin saber cómo, ni de dónde, ni para qué, se van entrexeriendo estrañas ocupaciones de las que mi casta temperancia y mi fuerte limpieza solian traer a mi memoria, para delectación de la voluntad y contentamiento del entendimiento muy dado a la virtud. Ansi que te he dicho de mí más de lo que sé, sin te hauer dicho mi mal; porque es esta dolencia en mí tan moderna, y tan al punto me tiene toda mudada en nuevo ser, que con no saber lo que es, aun lo que sé no oso publicar por mi corrimiento, por ver que me oyan querellar de mal tan delicado, y tan sin señales de calentura, a la estimación de los otros, y a mi sentir ser vn fuego que pienso que me tiene ya abrasado el corazón, segun las basquas que en él he sentido hasta este punto. Y si agora calla, o pienso que es por ser ya consumido, o que descansa para más penar.

Mar.—Dentro estays, pues, doña leonaza!

Bel.—Qué dices? y di, para qué me pides relación de mi mal, pues que sabiendo que todo está en el corazón, no me curas si puedes?

Mar.—Pues porque veas cómo Dios lo encamina todo, cata aqui la tu sortija, que me diste para aquel tan herido y tu buen cauallero Floriano. Ay, Jesus, Jesus; señora, señora!

Bel.—Calla, calla, no des voces, que yo tornaré.

Mar.—Pues toma; ponte la en el dedo del corazón, que en ella te embia el suyo sano por ti el tu enfermo Floriano, y ten más sufrimiento, si quieres que vaya adelante la cura.

Bel.—Ay, que ni essa sortija puede curarme, ni es mi mal de remedio, si no sabes más en él; porque ya te dixé que las rayzes nascen de la voluntad, y en ésta no puede causar movimiento terrestre compuesto. Ya te dixé tambien que se me yua enflaqueciendo en mí el amor casto, y en el amor ya sabes que no cabe violencia, pues es virtud que haze asiento en la voluntad, por donde fuerça exterior de un compuesto corporal elementado no podra disponer en lo puro espiritual, y ansi no te confies que essa sortija sane el mal de la voluntad.

Mar.—Agora que algo más te me aclaraste, quiero que sepas lo que sé de tu mal y la cura que tenga.

Bel.—Pues sea luego.

Mar.—Sepas que essa tu hija que llamaste honesta pudicia, de pocos tan amada, como oy

en día de muy pocos conocida, engéndrase en la voluntad y limpieza de la voluntad, o la ay en pocos, o tura tan poco, que no basta a engendrar nada. Y esta tal hija en ti engendrósese con vn amor, y agora essa tu voluntad, que siempre la engendraua en ti, hizo punto, y en haziendo punto, paró a la rectitud, y en parando a la rectitud, faltó la virtud, y en faltando la virtud, nasció el desorden, y en nasciendo e desorden, en lugar de la hija vna virtuosa primera han se engendrado en la desordenada tu voluntad dos hijos, y estos llamanse amores lasciuos. Y como éstos agora nascen en ti de nuevo, quiere tu voluntad conoscerlos para amarlos. Y como sean más de vno en apellido, aunque no en ser, y muchos en efecto, aunque ninguno en ser substancial, ama los la voluntad. Lo vno, porque todas las cosas nuevas aplazen, y lo otro, porque éstos, con ser en el nombre más de uno, y hijos, y la primera vna e hija y cansada y quasi olvidada en ti ya, y tambien con que tienen la sensualidad éstos de su valia contra la honesta prudencia, y la carne no los rehuye, y la voluntad no los despide, de aqui es que la hija que dizes, teme, y los hijos nuevos que digo, preualescen.

Just.—O, hi de Dios, y qué altamente han hablado debaxo de sus figuras entramas; pero quiero ver en qué paran.

Bel.—Tantas contrariedades de mi salud me has propuesto, que más desconfio de sanar, y aun que agora pienso que sé menos de mi mal. Pero dime, cómo son diferentes en efectos? pues diziendo que son dos, dizes que nascen de vn principio, y dizes que no tienen actual ser?

Mar.—Señora, estos dos que ansi engendra la voluntad desordenada por la concupiscible, en quanto nascen de la voluntad llaman se amor, y en quanto es desregulada, por no ser ya la voluntad vna, llamanse amores. Y en quanto al primer nombre, su efecto es amar, y en quanto al segundo, como falta la regla y niuel de la razon, ansi son más de vno por sus efectos. Por manera que donde hay esta cosa intelectual, que ansi llamamos amor, o amores, ni ay concierto en el querer, ni en el aborrescer, ni en el viuir; porque vn as vezes el tal paciente ama lo que ya aborrescio; en tanto que en sí parece que desama la virtud que algun tiempo mucho le deleytaua. Y el que deste mal está herido, dessea la muerte, por acabar la pena, y busca la vida, por prolongar su tormento, y siente se mucho el tal tormento, y es tan dulce, que entonces se llama dichoso el penado quando más y con mayor razon pena; de manera que este mal, con siempre matar, nunca acaba de quitar la vida. Tiene en las potencias del ánima otros efectos; porque parece que os muda la voluntad, queriendo lo que más os mata; quita la me-

moria, por manera que ni os querays acordar de vos, ni podéys acordaros de Dios, ni oseys acordaros del mundo, ni sepays acordaros de la vida. ni os desmandeys a la memoria de la muerte, ni os entremetays en la memoria de la hora, ni de los amigos, ni de los padres, ni os vaque lugar para os acordar del descanso del proprio contentamiento. Pues en el entendimiento obra tanto, que os haze auinar en cosas jamás pensadas, y haze que no sepays otras vezes aun entender de vos mesmo qué tal estays, ni apenas quién seays.

Just.—O, y cómo que aquella habla maestralmente con experiencia de lo que es así! pero veamos qué dirá Belisea.

Bel.—Ay, mi Marcelia, y cómo que eres sabia, pues me has descubierto el venero de mi mal. Pero dime, de qué se engendra essa tal ponçoña.

Mar.—Mi señora, como esta virtud que es amar siempre presuponga, allende del sujeto donde está, otra cosa por objecto, así se comienza en vno y haze parada y fiel y asistencia en otro; y despues torna a parar en el mesmo de donde salió. Y así dizen: que el coraçon amante más está donde ama que donde habita, porque quando amamos vna cosa, aquel amor que hay de nuevo en nuestra voluntad fué causado por estraña y agena virtud, que llenó y atraxo para sí nuestra voluntad. Y así nos mouemos a amar la tal cosa, porque nos parece digna de nuestro amor, y así despues no la querriamos partir de la memoria, por el gozo que en ella halla nuestra voluntad. Pero estas cosas amadas son diferentes: porque el auariento ama las riquezas, y en ellas pone su fin, y el soberbio la soberbia, y el goloso el comer, y el hombre amante a la muger que ama, y la muger amante al hombre que ama. Y el que así ama, siempre querria que le nombrassen la cosa que ama. Y la muger que ama, como de menor virtud, así hazen más impression estos effectos en ella; porque con amar tanto al amigo, siempre le querria presente; y visto, se turba; y oyendole nombrar, se demuda; y esto es, o por tristeza de la ausencia del que ama, o por el temor reuerencial que en ella pone el amor del tan amado. E de aquí verás tú, mi señora, cuánto poder tenga en el amante aquella cosa que es amada, que trayda a la memoria, altera el supuesto del paciente, como haria, pongo exemplo, que si tú estuuiesses enamorada de aquel tan galan y próspero canallero Floriano, en oyendole nombrar absente te alterarias y en viendole delante tí te turbarias. Pero qué hazes? qué sientes, angel mio? por qué así lloras? ay, por amor de Dios, que te me esfuerces; que, por tu vida, mi perla preciosa, que no querria sino ser agora vn Floriano para aquí te retoçar, por quitarte essa tristeza.

Bel.—Ay, buena amiga, que agora veo que auia en mí mucha razon para tener tantas bascas, pues hallo en mí que la ausencia de esse cauallero me tiene triste, y el nombrar me le causa nueuas turbaciones. Porque aun essa tan grande rauia de amor que tú llamas, aun no ha consumido las fuerças de mi honestidad, para que no me altere con las nueuas pláticas. Pero pues ya conozco mi mal y no te le puedo encubrir, y pues tú le juzgas tan peligroso, e yo le hallo tan poderoso, buscame el remedio con que sane este coraçon tan triste y poco experimentado a sufrir tales afanes, o si no, lleua se le a esse que me le tiene y se está ceuando en él, para que, pues yo no puedo ya no le amar, a lo menos muriendo de presto pudiesse no dar tal quiebra en la honra de la casa de mi padre. Y torna le la sortija que para él sanar yo te dando enfermé; pues ni yo sanaré con ella, ni él dexará de enfermar sin ella. Y si con su salud ha de haueer remedio en mi mal, remedio se primero la suya, como principal causa, y despues la mia, como accessoria y causada y dependiente.

Mar.—Anda, señora, ponte en el dedo del coraçon, en memoria que Floriano le traxo, y verás la mejoría que sientes. Y suplico te que juntamente te pongas este rico joyel desta esmeralda, que así con su cinta verde la traya el tu Floriano, y toma essa carta, y mira qué me respondes, pues quieres tractar de tu salud.

Bel.—Ay, Marcelia, qué grande es la virtud deste mal mio (que tú llamas) de amor, que todo esto amo, y todo lo quiero, y todo lo tomo, y no puedo no le tomar, y veo que hago mal en tomarlo. Y porque ya andan las mugeres por la casa, quiero que te vayas luego, que la respuesta yo te la daré quando pudiere.

Mar.—Cata, angel mio, que, como no experta en este mal, no caes en la cuenta del daño que te hará essa dilacion.

Bel.—Pues cata que no puedo tan de presto ahogar mi honestidad, para que del todo gobierne la sensualidad; pero qué te parece a tí?

Mar.—Que le hables, para que entremos deys el orden que os pluguiere en vuestros males.

Bel.—Las carnes me tiemblan en pensar lo, aunque la sensualidad me dice que lo haga.

Mar.—Pues mira que en los males furiosos es peligroso pasar vn punto; por esso manda le venir esta noche, y habla le lo que te parezca.

Bel.—Parece te?

Mar.—Digo lo que te cumple.

Bel.—Llama me a Justina.

Just.—Quiero entrar antes que me llamen.

Bel.—Dí, Justina, qué te parece que haga en lo que me aconseja Marcelia?

Just.—Señora, aunque no sé lo que es, pero presupuesto que no te dira cosa que no sea de

tu bien, me parece que el consejo siempre es bueno, y mayormente del amigo.

Bel.—Pues allá os concertad las dos, que yo quiero guiarme por lo que entramas vieredes mejor. Y dí le que venga esta noche a la hora que a las dos os parezca, y adonde y como más vieredes cumplir a mi honra.

Mar.—Pues has me de otorgar vna merced.

Bel.—Dí qué es.

Mar.—Que me dexes lleuar conmigo a Justina, porque agora aurre empacho de yr sola disfraçada, y fiala de mí, que yo la tornaré a traer.

Bel.—Ella es para fiar por sí, porque en más la tengo yo que tanto; pero agora no puedo escusar la: otro día aurá para todo. Pero tú, Justina, en pago del tiempo que has ocupado a Marcelia de su laour, le da la piega de Holanda que sobró de mis camisas; y da le vno de mis sayuelos de terciopelo, el que quisieres, para su hija, y vno de mis volantes de los mejores, y dale para chapines dos pieças de oro; y tú perdona, que vna donzella no tiene que dar, pero algun día tendre.

Mar.—La merced es grande, y por todo te beso las manos, que bien sabes dónde hazes que no lo sabra olvidar, aunque no lo pueda seruir.

Bel.—Anda, Justina, da le cobro luego, y ven me a dar de vestir.

Just.—Todo se hará a punto. Agora, mientras saco lo que te he de dar destas arcas, me dí, qué tal queda Belisea?

Mar.—Mira, hermana, no me entres por ay; a quien cueze y amassa, no hurtes hogaza; todo lo oyste, y cuerda eres, y a tí no va menos que a tu señora; por esso en dos palabras concluyo: en que pues queda en tu gouierno el hecho y en mi consejo, yo les mandaré a los requebrados de entramas que vengan juntos esta noche a la vna, que es propria hora de reposo. Por esso dime por dónde y de presto, que ciernen estas mugeres en torno de nosotras, no nos entiendan, y dí me qué venia en el papel de tu galan, y qué respuesta le embias.

Just.—Toma ya todo lo que te mandaron dar y ve con Dios; que a esso que me pides, pues han de venir, vengan por el jardín, que si yo pudiere, les tendre abierta la puerta entre doze y vna; o si no, suban se por las paredes, porque así dire yo que ellos se entraron; y despues de hecho, yo lo aurre bien con mi señora, aunque se torne a mí; porque si se lo digo, no baxará allá.

Mar.—Pues tú y Polytes asuadas que no ayays menester liga para asir os; porque, Dios es guarda, la mocedad os ayuda, y la semejança es causa de amor.

Just.—Anda, que no quiero altercar contigo,

que todo lo calas y nada callas; pero mira que les anises que son las paredes muy altas por de dentro más que de fuera,

Mar.—Bien parece que como amas, temes; yo lo tramaré todo allá, y voy me.

Just.—Dios vaya contigo. Pero al diablo la no encomiendo, y qué taymada y auisada está en todo, y qué desembuelta va; yo seguro que no le dene yr mal a ella en estas romerías; que quando de acá lleua tanto, qué sera de allá? Pero buena pro le haga, que con los buenos han de medrar los siruientes menesterosos; porque si el gualardon no terciasse, ni auria señor seruido, ni pobre subjecto. Yo quiero acudir a Belisea, por desembaraçar me, para tener a punto alguna buena colacion para sobre plática en el jardín, aunque yo sé que ella no baxaria allá si supiesse que ellos han de estar dentro, porque ella por entre las puertas del jardín a la calle le quiere hablar. Pero porque aquello no es tan seguro, más quiero que se torne a mí, y despues me loe lo hecho, que no hazer lo que manda sin mirar lo que le cumple, aunque, si por bien es, ellos se concertarán, y quedará todo apaciguado.

ARGUMENTO DE LA SCENA XXVI

Entrando Justina halla a Bel'sea desmayada y llena de congoxas; y concertando el cómo hablar a Floriano esa noche, entra Lucendo, y tracta con la hija de lo que otras vezes le ha propuesto.

BELISEA, JUSTINA, LUCENDO.

[*Bel.*]—O soberano Dios y quán rodeada me veo de congoxas, que cada una de ellas basta a ponerme a las manos de la muerte. Porque lo que tracto al presente es muy contra lo que deno a la virtud, y al estado de mi recogimiento, y a las costumbres de donzella, al crédito que de mí es tenido, al tierno amor de mi enano padre y a la antigua nobleza de mi sangre. Ay de mí, que no sé cómo ya puede estar segura la virtud en vn tan combatido y flaco supuesto como el mio. Ay, mi viejo padre, que si tú no pusieras en mí más crédito del que mi flaqueza y poca experiencia requeria, ni la libertad a mí me viera dado ocasion a desmandar me, ni la honra de tu casa y el sosiego de tu vejez esperara de mí el pago que agora tracto de te dar. Porque bien sé que hago mal en admitir sin tu licencia estas mensajerías de parte del que espero hablar esta noche. Pero pues ya no puedo no amarle, ni en lo hecho ay tanto yerro que no pueda ser todo guiado en bien, quiero leer esta carta, para ver si él quiere amar me en aquel amor que yo en Prado le dixi. Porque si con amor limpio me ama, estendere yo las velas

de mis desseos en querer le. Pero si toda via guía como antes desordenadamente, yre yo, con el diuino acorro, teniendo la rienda a su pasión con la guarda de mi honestidad, aunque no podré menos de mostrarle aquellas muestras de amor que me meresce su perseuerancia.

CARTA DE FLORIANO A DELISEA

Ha querido vuestra misericordia, angel mio y mi señora Belisea, hazer tanto por mí en hauer querido ver me y oyr me, y tener memoria deste tan enfermo de vuestro amor, y tan preso de vuestra hermosura, y tan sujeto a vuestro poder, que mi ningún merecimiento sabe ya más que os pedir. Pero puesto que para mí es sobrado lo que hasta aquí aneys hecho, para vos es tan poco, que si más no hazeys por este vuestro paciente, hauiendo comenzado a poner la mano en su cura, él no puede dexar de tornar a empeorar, y a morir en la empeora. Porque dado que para mí sea el fauor muy sobrado, como mis desseos sean los más nobles y encumbrados de todos los amantes, aun el fauor no ha allegado a les dar cumplido remedio; porque toda cosa que sea menos que vos, no puede suplir la mínima necesidad de mis desseos. E suplico os que, pues vuestro poder no suelta mi corazón, que vuestra misericordia y hermosura lo acabe de sanar, o vuestra justicia de castigar. Allá os lleva esa mensajera vuestro anillo, no porque no le aya bien menester en vuestra ausencia para sustentar la penada vida, como reliquia vuestra, pero como él no me sana sino da fuerças para esperar de vos la salud, así os le embio para que allá no haga falta. Y para que vos sepays quel vuestro enfermo no queda sin peligro de muerte, y así torneys por vuestra honra, en que no se os muera el que vuestra mano comenzó a dar la salud. Essotra joya que os lleva la mesma mensajera no os la embio por seruicio, sino para que en vos torne a recobrar la piedra tan rica y buena la virtud natural que en mí perdía. Y sepa yo, mi señora, de vuestra salud, para que la mia torne a anuiar se. Y no me atreuo a pedir os que me mandeys que os vea, pero mirad que la presencia de la vista del sabio y poderoso médico es gran parte para el aliuio del paciente. E perdonad me si excedo de lo que me mandastes, en mostrar que os amo, no como me distes licencia, porque si en ella os doy pena, sabed que ni de mí se puede sacar sino pena, ni puedo (obuiando a mi contentamiento) guiar por el aranzel de vuestro casto amor. Y pues si esto es peccado, e yo no puedo arrepentir me dél, concluyd con matarme, o perdonad mis importunidades. Y socorred a este que más lagrimas echa escriuiendo que letras lleva este

papel, pues tras estas lluias vienen los rayos del corazón, que me ponen a la muerte.

Bel.—O, la más sin ventura de las mugeres! ay, que muero!

Just.—Y calla, no quiero más estar escuchando, que cierto ha hablado altamente. A, señora, señora! o, sin abrigo, mezquina yo, que está muerta! Pero qué papel es éste? carta deue ser de Floriano, y en estos papeles le deue aquella Marcelia traer algun mal. O, qué traspasada está! quiero echarle desta agua rosada en el rostro; ya comienza a tornar en sí. A, señora, esfuerça por vn solo Dios; cata que te tractas mal. Yo quiero yr a llamar a mi señor Lucendo, porque ya no cabe en razon dissimular con este tu mal; porque tengo temor que alguna vez te quedes aylada.

Bel.—Buelue acá, no me dexes, que yo me esforçaré; dame de vestir, que no me va bien en la cama.

Just.—De carmesi te tengo aparejadas aqui las ropas, porque me parece que has bien menester acorro para alegrar te oy.

Bel.—Ya bien pienso que me dexará primero el viuir que esta tristeza. Cierra essa puerta de essa quadra y vestíreme; pero dime, diste lo que te mandé a aquella dueña?

Just.—Sí, señora, y luego se fue.

Bel.—Y tú oyste lo que ella e yo passamos a solas?

Just.—Señora, no sé más de que por mucho que le pregunté lo que la querias, no pude sacar le más de que me encargó que te regozijasse, y te hiziesse tomar todo el más plazer que pudiesse, y aun me encomendó que te vistiesse vestiduras de colorado.

Bel.—Y para qué fin?

Just.—Porque muchas vezes de la alegría exterior redunda alegría y aliuio al triste de corazón; y el spiritu alegre haze enmoescer los viejos y refresca a los moços; y por el contrario, el spiritu triste consume el viuir, no sólo del hombre, pero de los sensibles brutos.

Bel.—Pues dime, y ella no te dio parte de lo que me queria?

Just.—Dixo me tan solamente que yua muy alegre con el don que le diste, y con el sí que le prometiste.

Bel.—Qué sí?

Just.—De que holgauas que aquel buen caballero Floriano te viniesse a hablar de media noche arriba en el jardin.

Bel.—Ay, que nunca tal si le di; y pues ella no lleva las palabras como se las dicen, tampoco yo le atenderé aun a lo que le prometí.

Just.—Cata, señora, que peor es, concedida vna cosa, no atender la, que no el no prometerla; porque dicen que al buey por el cuerno, y al hombre le tienen por la palabra. Y pues tú le di-

xiste que le mandasse venir, e yo espero en Dios que será para bien, no te arrepientas de lo dicho, pues que antes no lo miraste.

Bel.—Cata que yo no le dixesino que viniesse, que por la portezilla del jardin le oyria, y aun aquello fué por escabullirme de sus importunidades.

Just.—Pues di me: sí que para hablarle. Ya que te pones a ello, y él no dexará ya de venir, ni ella de se lo dezir, mejor es que sea donde ni él en ser visto de los que passan corra peligro, ni tu honra detrimento en que se sepa.

Bel.—Ay, que no es de donzellas andar a tales horas escondiendo los hombres.

Just.—Por ninguna vias licito a ti, si a esso miramos; pero ya que se haze, prudencia es hazer lo sagazmente; porque más vale que sólo sea tachada nuestra vida de solo Dios, que no de Dios y de las gentes, que nada callan y en nada perdonan.

Bel.—Perplexa estoy; porque negar le la habla, voy contra lo que prometí, y tambien (pues no te quiero celar cosa) no hallo sossiego en mí. Y quiero ver de dónde nascen estos mis desaboramientos; porque la sensualidad, en mí ya muy mandona, me persuade y aun fuerça a esto.

Just.—Anda, señora, un día en el año dexa te gouernar por mi mal seso y buen desseo de tu descanso, y bien, y honra, y aun por ventura a mayor seruicio de Dios. Porque dicen: que si no fueres casto, sey cauto, y con razon, porque de la honra ha de hazer el hombre gran caudal. Pero, mudando plática, por mi salud que esse volante con esses pinjantes, acompañado con la saboyana y verdugado de carmesi, te pone tal, que quisiera ser me yo agora quien yo me sé, para gozar de ver cosa tan bella.

Bel.—Calla ya, boua, que no estoy para essas burlas.

Just.—Pues esfuerça te a estarlo, y escucha, que mi señor Lucendo está a la puerta de la quadra.

Bel.—Pues abre presto, y dexa me sola, que quiero rezar las horas de nuestra señora.

Luc.—Di, Justina, qué hazia mi hija?

Just.—Señor, queda rezando.

Luc.—Y qué tal está?

Just.—Señor, no anda muy buena; que porque anda triste la hize vestir de colorado.

Luc.—Bien heziste; pero qué siente?

Just.—No lo alcanço, pero deurias la de mandar a solazar por el jardin algunos ratos.

Luc.—Y quién se lo quitó nunca? que ella se tiene la llave, y sabe que me haze plazer. Pero anda ve, di que se vista el capellan para la missa, que luego salgo, que quiero ver a Belisea. Qué hazes tú, hija? nunca acabas de rezar? cata que no te haze prouecho a la cabeça.

Bel.—Señor, poco ha que comence las horas de la reyna del cielo, que rezo cada día, que, mal peccado, no soy tan deuota como me pintas.

Luc.—Pues dizen me que no has dormido esta noche, y aun que no has tenido sossiego en la cama.

Bel.—Por pensar que lo ha hecho la calor, me he leuantado algo tarde.

Luc.—Bien estoy en esso; pero para qué permites que tan de mañana te entren a quitar el sueño de la vida, en especial mugeres de fuera? Porque ya de mañana diz que vino a te despertar vna vecina, y tú, de bien acondicionada, a todas das audiencia; no lo hazas, así te gozes. Pero dime: venia te a pedir alguna cosa? que pienso que te han olido por santera. Y si comienças a darles crédito, nunca acabarán de molestar te con lloros, diciendo que mueren de hambre, aunque a la verdad las necesidades de las gentes oy en día son grandes. Pero ay algunas personas que el dar les para ayuda de pasar su vida las haze holgazanas y viciosas; porque desque abren boca al pedir y los ojos cierran a la vergüenza, atan las manos al trabajar y los pies a la solicitud, y así vienen a caer en mil inconuenientes.

Just.—Agora os digo yo que el viejo está en la cuenta; por mi salud que creo que tiene tanta opinion de la hija, que aunque la hallasse el galan en la cama, no pensasse que era para mal; pues eche se a dormir, que quiças quando buscare tocinos no hallará estacas, y aun que en lugar de virginidad con que la case, le dara la hija un nieto que crie. si las cosas van adelante por los passos que Marcelia las encamina; pero allá lo ayan; agora me voy a lo que me mandó, y no quiero escuchar les más.

Bel.—Ay, señor, como ya te he dicho que ni soy tal que me tengan por tan misericordiosa, ni aun tan poco sin tu expreso mandado no osaria disponer de cosa.

Luc.—Anda, hija, que como yo te ame tanto, y tú sepas que lo tendre yo por bueno, basta esto para que sin scrupulo pueda tu prudencia hacer por tres viuos y defunctos el bien que yo con ocupaciones y negocios no puedo todas vezes. Pero qué te queria aquella muger? y quién era?

Bel.—Señor, es vna que fue casada con vn criado de casa, que agora dias ha que embudó, y es vna buena muger, por cierto, segun lo que de ella me dicen.

Luc.—Su nombre?

Bel.—Marcelia.

Luc.—Ya, ya, conozco la como a ti. Pues essa bien tiene por qué reconocer seruicio a esta casa; que en no sé qué mala famezilla la rastroó la justicia agora vn año, y era en cosa fea, y

que no librara bien si no entendiera yo en ello. Y piensa, hija, que de estas que así moças quedan viudas tienen trabajo y aun peligro, mayormente si les sabe la casa la ociosidad, madrastra de las virtudes y abogada y madre de los vicios.

Bel.—En esso ni sé cosa, ni quiero tomar cargo de peccados ajenos; basta me que a todos tendre por buenos, mientras no les viere fuera del camino de la virtud, y aun ay lo vere. Y si suelda tiene el defecto, lo tengo de interpretar a la mejor parte, y no creerme por lo que el vulgo afama, por no tener que errar, ni hallar de qué me arrepentir.

Luc.—Pues por tu vida, hija, qué busca?

Bel.—Rogar me que le recibiese vna su hija.

Luc.—Ya creo que estará grandezilla, y aun muy libre para llevar tus recogimientos. Pero allá te auen, con tanto que ésta venga las menos veces que ser pueda a ti, y a tu cama nunca, porque éstas tienen otras oraciones que tú ni sabes ni entiendes. Y asuadas que luego te buscasse la madre, que vosotras llamays, y te vendiesse del ojo, y otras cosas deste jaez.

Bel.—No vno nada de esso; pero a la verdad dixo me que pensaua que tenia algun friaje que me causaua estos desasosijos.

Luc.—Bien conozco yo vuas de mi majuelo. Pero mudando plática, me di, qué te ha parescido sobre lo que te hablé este día?

Bel.—Y qué, señor?

Luc.—Bien muestras el poco cuydado que tengas deste mundo, ni aun me parece mal ver las donzellas olvidadizas en cosas de casamiento. Ya tú sabes cuántos te me piden y con cuánta importunidad, y con ser de los principales de la corte, y aun del reyno, con ninguno he concluydo, por dos cosas que ya te dixeste este día. La vna, por no te apartar de mí, y la otra, porque en todo te quiero consolar y complazer.

Bel.—Ya pensé que era esso olvidado.

Luc.—Yo quisiera poder, hija mia, olvidarlo, por no me necessitar a te acordar al fin de mis días partir de mí, visto que yo podré turar muy poco.

Bel.—Pues el morir a ninguno perdona, nuestro señor querra que, para quitar te de esos cuydados, yo vaya delante en essa jornada.

Luc.—Dexando esos juyzios a Dios, me di en esto lo que te parezca, pues ya no parece bien ni a mí ni a ti no te buscar vn marido, y tal compañero con que yo gane contigo otro hijo más. Porque hemos de disponer nos segun la voluntad de Dios, segun lo que la naturaleza pide, que yo tracte para mí de la sepultura y para ti del principio del viuir.

Bel.—Pues suplico te que ya que essa es tu voluntad, de querer tambien esperar la mia,

que por el sí de mi respuesta me esperes solos otros dos meses. Y en tanto, que no me hables del partirme de ti, si quieres que de mis malas disposiciones yo sane y no vaya la sogá tras el calderon, como dizen, de manera que lo vengas a perder todo con enterrar me primero.

Luc.—Cata que lo yerras; porque dado que, para mi consolacion, y aun la tuya, nos parezca bueno esso; pero no cumple a la razon sino que se haga, y quiero lo hazer de mi mano.

Bel.—Pues así lo confío yo en Dios; pero tiempo ay.

Luc.—Pues que así quieres, aunque hago mal en dexar me gouernar por ti en esto, pero no te quiero dar más pena. Y anda acá, que nos aguarda con la missa el capellan.

Bel.—Vamos donde mandares.

ARGUMENTO DE LA SCENA XXVII

Estando Grisindo el paje de cámara de Lucendo con Liberia a solas, entra Marcela de buelta de casa de Belisea, y ella le absconde. Y estando la madre y la hija en sus razones, sobreuiene el despensero. Y estando así juntos, sobreuienen Fulminato y Felisino, y sobre cierto entremes se absconde Fulminato de miedo en el estabilllo.

LIBERIA, GRISINDO, MARCELIA, DESPENSIERO, FULMINATO, FELISINA.

[*Lib.*]—Ay, señor, por tu vida que te baste ya, y me dexes y te vayas, que pues me dixiste que quedana mi madre con Belisea, no tardará ya. Y pues yo tune resistencia en tu voluntad, no quieras tú quebrar mi honra, y especial que tengo madre, y muy zelosa.

Gris.—Ya por demas seran sus sospechas, ni aun la esperes acá de esta parte de visperas, quanto más que ya te he dicho que ella dixo que yo viniessse, y sabe que venia a cortar camisas.

Lib.—Y aun la excusa será razonable no hauiendo lienço ni costura! Pero ay, mezquina de mí, que ya viene: yo no osaré parar en casa si te ve solo.

Gris.—Pues qué quieres que haga?

Lib.—Que te subas aquí a la solana y presto: mala landre me mate, que aun la escalera no cerró con tus priessas, e ya sube.

Gris.—Pues subo, aunque contra mi voluntad, pero por amor de ti.

Lib.—Pues mira que por poco que te meees arriba serás sentido, e yo perdida; que yo cierro esta portezilla hasta su tiempo, que tendre cuydado de abrirela.

Mar.—Qué hazes, hija, que parece que estás alborotada?

Lib.—Como te senti subir, turbéme, que pensé que era otro, y dexé la laour.

Mar.—Pues por qué dexas la puerta abier-

ta? que no sabes quién passa por tu calle; pero, quién esta arriba en la solaneja?

Lib.—Será algun gato a más andar, que yo no siento qué sea. Pero, qué traes, que así vienes tan sobarcada?

Mar.—Pense, hija, que como cerrauas aquella portezuela, que venias de estarte al sol ociosa; que a la fe, boua, este es el saber baratar la vida, que no tú, que nunca valdras nada.

Lib.—A la he, bien que baratas tú la vida, y la casa anda sin dueño, que no te acuerdas que hemos de comer oy.

Mar.—Y dime, hija, la racion de palacio no vino?

Lib.—Qué ignorancias las de mi madre! hauiendo se concertado con el despensero de Floriano que se la dé en dinero?

Mar.—Por tu vida que no me acordé que me auia ayer dado seys reales por esta semana.

Lib.—Pues yo seguro que gana él bien contigo, porque quando la embiauau hauia para cinco personas.

Mar.—Calla, boua, que mejores son seys reales cada semana que no aquella perdicion de vianda; porque como lo auiamos de repartir con los vezinos, que a nosotros montaua poco; y ellos mesmos que lo comian, al cabo nos darian por gracias el juzgar de dónde o cómo viniessse; si que mejor es que gane con nosotros el criado del que nos lo da, en especial que no se pierde nada con él. Y aun tambien sí que mejor es tener con qué te comprar el chapin, y el botin, el manto, la saya, la camisa, la toea y otras mil redrosacas que salen de cada día. A la fe, bouilla, si no miras más de al papo, guay del saco.

Lib.—Bien que sea esso: pero sí que razon es que sintamos mejoría con el don del bueno; sino que tú, como deues de vntar los dientes por allá antes que vengas, con llevar te los dineros en tu bolsa, quieres que espere yo a que se te antoje de me comprar el vestido, y en tanto, que me quede yo en casa royendo de la lana del almohadilla.

Mar.—Ay, landre que te dexes, y qué braua te me pones, porque me has visto el sayuelo de terciopelo a la marquesota; porque bien vees tú que esta ropa no la he de vestir yo; y aun con el rico volante rie se te el ojo. Pues toma lo, y viste lo, y asseate con ello, y sea tuyo, en pago de mis seys reales. Agora contento está todo el mundo, ya no hay hambre ni pariente pobre. Pues otro día sepa callar y dexar hazer a la que te parió, y guarda me essa holanda, que más ay de ocho baras, y no les faltará para qué sean.

Lib.—Pues agora te quiero, madre, dar algo yo.

Mar.—Ya fuesses para algo!

Lib.—Pues otra racion ay en casa.

Mar.—Ya sé cómo; pero vino hartos?

Lib.—Y cómo? hartos y bueno; pero no sé quién sube.

Mar.—Esconde esso presto.

Desp.—Bien me perdonarás que subo sin llamar, que pensé de hallar acá vn gentil hombre.

Mar.—Y quién era?

Desp.—Grisindo, el que te dixeste en la posada.

Lib.—No he visto sino el moço que truxo vnos aparatos de cena.

Mar.—Calla, boua, que cata aquí quien lo manda, porque veas cuánto le denemos. Por esso apareja presto con que le des de comer, y ve primero, cierra la puerta.

Lib.—Yo voy, pero bien piensa mi madre que no se las entiendo!

Ful.—Ya estamos a la puerta.

Fel.—Pues cata que arriba ay hombre, que yo oy la habla.

Ful.—Pues tambien, si miras, baxa no sé quién. Sube, sube, y verás cuántos y quiénes son, que porque no me sientan y se echen por las ventanas de miedo mio, me quedo en este portal, para que en baxando los que fueren, los embie al otro mundo antes que ayan la puerta.

Fel.—Pues yo subo luego. Cata, cata, qué buen encuentro!

Lib.—Tú vengas en buen hora; pero está ya quedo, no me destoque.

Fel.—Por Dios, que estás hecha vna reyna con essa seda y tocado.

Lib.—A la fe, si lo estoy o no, no lo deno á ti.

Ful.—Cata, cata; por Dios que ay ruydo en la escalera; encontrado se han con el pobre de Felisino. Y por el armadura de Sanctiágo que le matan; bueno es tomar la puerta, y aun huyr; pero no es cosa, porque me haga mal hechor, y passa mucha gente, y de verme huyr pensarán algun mal. Cata, cata, seguro es el campo, que juegan al cubri xixa Felisino y Liberia.

Lib.—Anda, sube ya, pues vienes solo.

Fel.—Antes queda Fulminato en el portal.

Lib.—Pues, mezquina yo, sube llamando, porque está con mi madre vna vecina y no holgará que la vean.

Fel.—Y estan solas?

Lib.—Vn pariente de ella está allá que la trae.

Fel.—Yo subo a ver qué ay.

Ful.—La muchacha baxa sola; asuadas que ay cofradia, que baxa a cerrar la puerta; quiero me asconder en este estabilllo; pero doy al diablo estas puerças, que así hiede esta estancia.

Lib.—Miralde vos estotro mentiroso, que me